

15 de Octubre de 1906. Año III. N.° 68.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.° Apartado en Correos núm. 336.

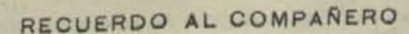
Si toda la reforma era ésa...

Con todo el sonoro argumento de bombos y platillos que la grey ministerial de todos los ministerios emplea siempre para celebrar por anticipado cuanto procede de casa, hemos visto cómo anunciaba durante el pasado verano la transcendental reforma de la Policía. Y con toda la expectación que produce una obra laboriosa y difícil, hemos visto cómo al cabo, después de consultas, notas, estadísticas, informes y demás obligados é innecesarios trámites, los montes abrieron sus entrañas y dieron á luz lo que en ellas contenían. Al tocarlo de cerca hemos experimentado la sensación inconfundible de frialdad cadavérica. Eso es la reforma policíaca: un cadáver que sólo contará la vida artificial y acomodaticia absolutamente indispensable para ir empollando otra modificación á la que acaba de hacerse.

Lo raro es que con tanto toque, exista todavía entre nosotros sombra de Policía, porque parodiendo el clásico verso pudiéramos decir:

...así se pasa la vida
y así se viene la muerte,
reformando.




RECUERDO AL COMPAÑERO

Ladrones de trenes.
Cómo están organizados.

El movimiento de las estaciones ferroviarias de Madrid no da ni remota idea del que existe en las de París ó en cualquiera otra capital de Estado: una sola de éstas registra en algunas horas muchas más entradas y salidas de trenes que en las veinticuatro del día todas las madrileñas juntas.

Este bullir de gente, de trenes, de coches, de ómnibus y de empleados; esta rapidez en los despachos; esta baraunda de servicios y amontonamiento de mercancías, proporciona ocasiones magníficas á los amigos de lo ajeno para lucir sus artes, y en verdad que no las desaprovechan. Existe en París todo un mundo que no cuenta con otros medios de existencia que los que les produce el desvalijamiento de viajeros; lo mismo al portador de una maleta de riquísima piel, que al que sólo lleva la más modesta caja de hoja de lata.

Todo el personal de las estaciones se emplea en vigilar los trenes y las mercancías, además de hacerlo los inspectores, tanto de las comisarías, como los de la vigilancia administrativa de las estaciones dichas, y hasta en momentos de gran afluencia, los agentes de la Seguridad prestan igualmente su concurso. A pesar de ello, la detención de un individuo de los que se dedican á esta clase de robos es sumamente difícil.

Hállanse organizados de manera admirable, y se dividen en cuatro clases. Primera: los desvalijadores de vagones, que pertenecen casi todos á una banda internacional. Segunda: los que se apoderan de las mercancías colocadas en los muelles. Tercera: los ladrones de paquetes de pequeño bulto; y cuarta: los que atacan á los vagones correos, cuyos sujetos constituyen una asociación muy perfecta y peligrosa.

Ninguno retrocede ante cualquier obstáculo, por insuperable que sea, ni aun el que hiciera vacilar á un acróbata. El oficio de saqueador de trenes exige una actividad, una destreza y una agilidad sorprendentes: precisa subir á los vagones, y sobre todo á los furgones, hallándose en ruta; cambiar de coche; volver de un furgón á otro á contravía en plena marcha; necesita saber apreciar el momento de la velocidad favorable para poder saltar á tierra y desaparecer en ocasión oportuna.

Requieren tales aptitudes los individuos de la primera y cuarta categoría, especialmente. El *trabajo* correspondiente á las otras dos, no es tan difícil ni arriesgado. Cuando los que han de ejecutarlo pertenecen á la Compañía de ferrocarriles como empleados—que se dan casos—, es coser y cantar; sólo cuando son extraños á ella ofrece más peripecias.

En Francia, el transporte de las alhajas se confía casi siempre al correo, como igualmente las cajas y paquetes que contienen materias de valor. En pos de esa riqueza, y desdeñando lo menudo, se introducen los ladrones en los coches, y en su caso en los almacenes, previamente informados del lugar donde están reservados tales objetos, que toman con la mayor rapidez, para volver á repetir cuantas veces sea preciso.

Siempre hay un cómplice puesto de acuerdo para avisarlos ó para ayudarlos, según exijan las necesidades.

El desvalijador de vagones opera preferentemente en los grandes expresos, y, sobre todo, en los vagones de pasillo ó corredor; también sabe desaparecer antes de la salida del tren, pero luego de haberse apoderado de alguna maleta, y como van dispuestos á no quedarse nunca de vacío, fácil les es, con ayuda del obligado cómplice, apoderarse del reloj ó del alfiler de algún viajero.

Suelen fingir que lo son ellos también, y se caracterizan de tales utilizando largos abrigos de cuadros, lo que les da aspecto de ingleses adinerados.

Del árbol frondoso de esta asociación de delincuentes se desprenden otras ramas, lo que quiere decir que da origen á distintas manifestaciones del robo: así ha nacido el llamado «á la americana», practicado por los individuos que, situados en las inmediaciones de cada estación hacen presa en los viajeros aldeanos ó en los poco conocedores de la vida parisiense; y también por los que aprovechan cualquier coyuntura para brindar con el aliciente del juego ú otros engaños, hasta convertirlos en víctimas.

Sólo la exquisita Policía francesa puede, con su constante vigilancia, aminorar los daños que tan extensa asociación causaría en otro país.—*G. G. de la G.*

Los delitos modernos.

(Conclusión.)

Delitos por la electricidad.—Aun cuando la electricidad sea quizá el adelanto más moderno de nuestra época, ya ha llegado á ser un medio para la comisión de nuevos delitos. Es sabido de qué manera los terribles regicidas rusos prepararon su atentado con minas, cuya explosión era producida por la electricidad; los ladrones norteamericanos usan para robar las vidrieras el *assomoir* eléctrico, que consiste en un pequeño acumulador del tamaño de una cartera, suficiente para voltear á un hombre al primer contacto; y para forzar las rejas de hierro usan también fortísimas corrientes que las perforan, permitiendo el empleo de las sierras.

La *estafa eléctrica* está muy extendida en Norte América y en Italia y consiste en transformar, por medio de alambres y acumuladores, las lámparas que facilitan las Compañías de electricidad de diez bujías, que por medio de este procediminto consumen la intensidad de treinta bujías.

Los alambres del telégrafo y teléfono también han servido de intermediarios para la ejecución de algunos delitos: en Mascara, en la oficina eléctrica del ingeniero Viel, se advirtió una mañana que el aparato telefónico, justamente en el instante en que se disponían á hablar, se quemó por completo. Indagando las causas de este incendio, se descubrió que á poca distancia, entre dos estaciones telefónicas, se había puesto un contacto con un hilo á alta tensión, produciéndose otra corriente grandísima. Si el ingeniero se hubiera acercado al aparato unos segundos antes, habría caído fulminado y los criminales hubiesen conseguido sus fines.

Seguros.—En los países en que las fuertes Compañías de seguros han alcanzado gran incremento, se han cometido innumerables estafas. En efecto; son muchos, entre ellos Holmes, los que han cometido diferentes homicidios, con el solo objeto de gozar de las ventajas de las víctimas que en vida hacía asegurar. Los casos de tutores que envenenan ó asfixian á sus pupilos después de haberlos asegurado en grandes cantidades, son también, por desgracia, abundantes.

Aunque menos terribles, son más numerosos los casos de incendiar la casa ó el negocio para cobrar la prima de seguros, cuando las operaciones marchan mal.

El seguro sobre infortunio es la estafa más extendida en Italia.

Perforaciones.—Una banda de ladrones capitaneada por aquel célebre rey de la delincuencia, Harry Raymond, perpetró en un Banco de Nueva York, hace algunos años, un monstruoso robo de 500.000 dollars por medio de un túnel. Raymond, de acuerdo con uno de los más astutos de la cuadrilla, alquiló un pequeño estanco contiguo al Banco que intentaban saquear y pusieron á su frente á una mujer que había estado años atrás afiliada á la banda y que en la actualidad no era conocida de la Policía.

Todas las noches, durante algunos meses, los ladrones se ocuparon en cavar un pozo de cuatro metros de profundidad en el piso; después perforaron debajo de los cimientos del edificio dos túneles que comunicaban con el pozo y terminaban bajo el piso del tesoro del Banco.

Cuando llegó el momento de romper el pavimento del tesoro, un día de fiesta en que el Banco estaba solo, los ladrones bajaron al pozo y después de veinte horas de trabajo consiguieron penetrar y llevarse el tesoro.

Mediante análogo procedimiento pretendieron algunos ladrones salvar á un compañero preso y para ello arrendaron una casa de campo contigua á la cárcel.

Durante seis meses cavaron un túnel que según sus cálculos debería llegar hasta la celda del compañero; pero equivocaron el rumbo y fueron denunciados por los gritos de otro preso que, despertado improvisadamente y viendo surgir del piso á algunos hombres, se asustó, suponiéndoles fantasmas.

Pero este aumento de la delincuencia no debe alarmarnos mucho, pues si bien ha favorecido á los criminales, también nos ha prestado su concurso eficaz contra el delito, como ocurre, por ejemplo, con el aparato de Marsh, que permite descubrir hasta la más mínima dosis de arsénico, impidiendo este género de envenenamiento, y con los rayos Roentgen, que ponen en evidencia los más ocultos contrabandos.—*L.*

El sombrero de copa y el Derecho penal.

No por virtud de sus prerrogativas constitucionales como rey de Inglaterra y emperador de las Indias, sino por libérrimo movimiento de su soberana voluntad, como *árbitro de la elegancia*, el ya maduro Eduardo VII acaba de decretar la muerte del criticado sombrero de copa.

Seále la tierra leve, si en realidad desaparece, y dedíquense aquellos á quienes les interese, á buscarle digna sustitución; nosotros, en tanto, indiferentes á las modificaciones del gusto en el vestir, relataremos algo que, relacionado íntimamente con este asunto, encaja de lleno en la índole de nuestra publicación.

Pocas personas saben, y á muchas les costará violencia creerlo, que el uso del sombrero de copa *constituyó grave delito, casi de Estado*, y que no tan sólo se penó duramente al portador de aquél, sino que los agentes encargados de perseguir *tales hechos criminales* tenían el deber de hacer trizas la prenda en el acto mismo de verla enhiesta en la cabeza del culpable, ya fuera en la calle, ya en el teatro, ya, en fin, hasta en el templo, si en él se estaba cometiendo tan *abominable* delito.

A la nación á quien corresponde el privilegio de haber descubierto este raro aspecto delictivo es á Rusia, y el soberano que lo incluyó en sus disposiciones penales fué Pablo I, enemigo de cuanto significara modernismo innovador; también penó y prohibió el frac y el chaleco; el hombre no dejaba en paz á las prendas de vestir.

Sería inacabable el relato de los hechos que se sucedieron con este motivo; los abusos, las violencias y la dureza con que se llevaba á cabo la persecución. Citaremos uno solo, el que origina el presente grabado, puesto que en parte contribuyó al término de tal estado de cosas:

Acababa de llegar á la capital rusa un inglés, que ignorante de lo mandado, salió á pasear armado de su chistera. Si el delito era grave, la gravedad subía de punto porque el lugar escogido para su distracción era precisamente en las inmediaciones de Palacio.

Verle un soldado y lanzarse sobre él para destrozarle aquel pecaminoso *artefacto*, fué obra de un momento; supuso el inglés que trataba de robárselo y le acometió tan furiosamente que dió con el soldado en tierra; acude otro en aquel momento en defensa de su compañero; resiste el agredido cuanto puede la posesión de su sombrero; viene un tercero y luego un cuarto, y el inglés hiere á uno, lesiona á otro, arroja al suelo á los demás y cuando en medio de la expectación pública llama en su auxilio á la guardia palatina, creyendo encontrar en ella amparo para su apurada situación, el oficial, enterado del caso, le detiene y le pone á disposición de las autoridades, las cuales, por el procedimiento expeditivo que entonces usaban, principian el proceso criminal correspondiente.

La intervención del representante de la nación inglesa y el carácter diplomático y grave que tomó el asunto, dieron á éste el giro favorable que puso en libertad al detenido, con la experiencia de que «donde quiera que vayas, haz..... *lo que allí sea lícito*».

P. de la P. P.

Seis víctimas.

Hace pocos días se desarrolló en la Comisaría del barrio Cuartel de San Lázaro de París, un suceso que recuerda los regocijados é inimitables que Paul de Koch ideara para sus novelas.

Cuando á las nueve de la mañana, el comisario llegó á su oficina, seis caballeros alineados sobre un banco le esperaban pacientemente.

Pasó el comisario por detrás de la balaustrada que separa á los funcionarios del público y dirigiéndose al primero de los visitantes, le invitó á que le hiciera conocer el objeto de su venida.

El aludido, enrojecido hasta las orejas, dirigiendo su mirada á derecha é izquierda, balbuceó con voz trémula:

—He aquí lo que me sucede: estoy casado, legítimamente casado, y, sin embargo, mi mujer marchó ayer, dejándome ésta carta, en la dice que va á reunirse con su amante. Quiero querellarme.

El pobre hombre mostró al magistrado una carta muy breve, en la cual la infiel le notificaba su partida en términos muy expresivos.

—¡Pero si ésa es exactamente mi historia!—exclamó el segundo visitante al oirle.

—Y la mía también—dijeron á una los otros cuatro.

El comisario quedó aturdido. Al principio creyó que los seis maridos se mofaban de él. Los unos y los otros afirmaron que sus manifestaciones eran exactísimas y que si se hallaban allí juntos era por pura coincidencia; ninguno conocía á los otros y la mujer en cada caso era distinta.

De los reunidos, uno era ayudante de un arquitecto y otro funcionario de la administración, tres empleados de comercio y el último, dibujante.

Ideárase cosa igual para paso de comedia, y la crítica lo rechazaría por inverosímil.

Las alegres noches de Florencia.

Un hecho que bien pudiera servir de asunto para un pasillo cómico, acaba de desarrollarse en Florencia.

Un tal Giuseppe Fartechi, llega todo asustado al despacho de informaciones de la Croix d'Or, diciendo á los que estaban de guardia que su mujer se había vuelto loca repentinamente, y que armada de cuchillo quería matar á todos.

Sin perder un instante, los guardias se trasladan con un coche-litera, á la casa donde estaba la mujer de Fartechi. Al tocar al timbre, ella misma sale á abrir y sin decir palabra, los guardias se apoderan de ella.

Sus gritos y sus protestas de nada sirvieron. Su marido gritaba: «¡Sujetadla bien! ¡Lleva el cuchillo en el bolsillo!», y los guardias, después de haberla atado y amordazado, se la llevan con ellos.

Pero mientras que ellos descendían la escalera, Fartechi, que iba delante ellos, se pone á gritar: «¡A los ladrones! ¡Ladrones en mi casa! ¡Que me roban á mi mujer! ¡Prendedlos!»

Los vecinos de la casa salen con luces y al ver el misterioso cortejo de individuos que se llevaban á una mujer, luchan con ellos á brazo partido.

Imposible describir el escándalo y la confusión que se produjeron. Los guardias, tomados por bandidos, acabaron por ser sometidos.

Por fin, en un momento de calma se pudieron explicar. La justificación de los guardias fué fácil, pues uno de la casa sabía que Fartechi había salido, hacía unos meses, de una casa de salud, donde había estado calificado de loco.

Vuelta la mujer á su libertad, los guardias cogieron al marido, que fué admitido aquella noche misma en la sección de alienados del hospital.



China.—Sus jardines malditos [1]

Volvamos por segunda vez al *jardín maldito* ó de los *suplicios,* como le nombra Mirbeau, el que los detalla admirablemente con todos sus horrores y del que tomamos nota para darlos á conocer á nuestros lectores.

Con razón los chinos están envanecidos de su jardín; por ser tal vez el más hermoso de China, en donde los hay maravillosos, pues los chinos son jardineros incomparables, perfectos artistas, que aun conservan el sueño dulce del amor y el culto sagrado á las flores. Maravillosos artistas, que uniendo á estas cualidades la ingénita en ellos del refinamiento en la crueldad, han sabido aprovecharse de la Naturaleza para poetizar, digámoslo así, los suplicios más cruentos y repugnantes que su instinto les inspira.



En vez de ajusticiar á un reo secretamente, ellos, los chinos, emplean todos los instrumentos de tortura y de muerte: la picota, las horcas, las cruces é innumerables aparatos más; los levantan en ese jardín, constituyendo, según ellos, la belleza y el prodigioso encanto entre el místico silencio de las flores.

Forma verdadero contraste allí la Naturaleza en su máximo grado de grandeza sublime con exuberancia de vida en el ambiente, en las plantas, en las flores y en los pájaros, que viven gozosos en aquellos bosques embriagados de amor por la fragancia de las flores.

Brigadas de obreros vénse cruzar por las plazoletas del jardín con paso indolente, encaminándose á limpiar y arreglar los instrumentos de tortura, después de las ejecuciones cotidianas en el jardín.

De trecho en trecho, los tajos, los grilletes, las máquinas de descuartizamiento automático, los potros cubiertos de hojas cortantes provistas de puntas de hierro, las ruedas, las calderas, los hornillos, todos los utensilios é instrumentos de tortura manchados de sangre. Alrededor de estas máquinas, la tierra está empapada por charcos de sangre... y esta sangre roja casi siempre salpica á las flores, y pedacitos de carne humana, arrancados por los azotes, se adhieren á las puntas de los pétalos y de las hojas.

De una de tantas plazoletas nace una ancha calle de gigantescos árboles, cuyos troncos corpulentos hállanse revestidos de infinidad de plantas enredaderas con una gran variedad de florecillas, abundando la pasionaria y la olorosa madreselva; alternando con estos árboles aparecen otros ya muertos, llamados tamarindos, cuyos troncos presentan en el centro de su gran diámetro una cavidad que sirve para encerrar á hombres y mujeres, doblados de una manera violenta y sometidos á horribles y obscenos suplicios. Delante de estos tamarindos huecos y que contienen á algún desgraciado, se halla un chino vestido de negro, provisto de un gran tintero que lleva amarrado al vientre y un libro registro en la mano.

A esta lúgubre alameda de los tamarindos llámanla la *alameda de los procesados*, y el que está en pie con el tintero y el libro es una especie de escribano encargado de recoger la confesión que un largo sufrimiento pueda arrancar á aquellos desgraciados; el libro estará en blanco, pues la tenacidad de los chinos les hace morir antes que declarar y prefieren esta muerte horrorosa á la larga agonía en las inmundas jaulas del presidio y á la muerte en otros suplicios.

Dice Mirbeau que en el hueco de uno de aquellos muertos tamarindos agonizaba una mujer joven todavía. Estaba suspendida por las muñecas de un gancho de hierro y las muñecas estaban comprimidas por un cepo. Una cuerda áspera trenzada con filamentos de coco, cubierta de pimienta pulverizada y de mostaza, empapada en una solución salina, se enroscaba alrededor de los brazos. Esa cuerda la dejan hasta que los miembros se han hinchado el cuádruplo de su tamaño natural... Entonces quitan la cuerda y las úlceras por ella producidas, degeneran casi siempre en llagas purulentas.

Otra mujer, en la cavidad de otro árbol, con las piernas abiertas, ó mejor dicho, descoyuntadas, mostraba el cuello y los brazos metidos en collares de hierro... Sus párpados, sus narices, sus labios y sus órganos sexuales estaban espolvoreados de pimienta roja. Más allá, otro hombre colgaba de una cuerda que le pasaba por los sobacos; una enorme piedra pesaba sobre sus espaldas y se oía el crugir de sus articulaciones.

De trecho en trecho, un hombre atado, un crucificado, un ahorcado, cuyos ojos se habían cerrado quizá para siempre, y para completar este cuadro de barbarie, inmensas bandadas de buitres cerníanse en el aire con su pesado vuelo y el graznido de los cuervos anunciaba una noche de festín.

X.

(1) El primer artículo se publicó en el número 48 de esta Revista.

El perro impaciente ó tragedia en el Sena.

Para vivir en sociedad hay que guardar á todos las consideraciones debidas, entre las cuales la más elemental es la de no molestar, si no es esto lo que las compendia. Por haber olvidado regla tan importante de urbanidad un precioso perro, ó por ignorarla, que, como los hombres, algunos necesitan quizá aprenderlas, se desarrolló hace pocos días en París una escena trágica y en verdad emocionante.

Un vaporcillo transporta viajeros por el Sena, desde Charenton á Point-de-Jour y tres empleados del mismo, el maquinista, el cobrador y el piloto, veían con disgusto que un perro aullaba, corría, saltaba, iba y venía, molestando á los pasajeros y dando señales de inquietud desesperante:

—¿A quién pertenece este animal?—preguntaron, y como ninguno respondiera, el piloto indicó con expresivo gesto el río.

—Vas á ir al agua, amigo mío—dijo el cobrador dirigiéndose al perro.

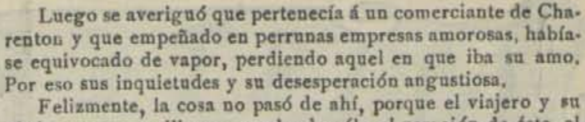
Un viajero de atlética estatura interrumpió:

—Si usted le arroja al agua, le arrojo yo á usted también.

Concertados los tres empleados y sin temor á tal amenaza, llamó el cobrador al perro, le hizo algunas caricias y cogiéndole de repente, cuando la ocasión fué propicia, por el cuello y la cola, le levantó sobre la borda y le lanzó al río.

Apenas el travieso can había ido á parar con sus lucientes lanas al líquido elemento, cuando cayó sobre el cobrador el atlético viajero; le cogió en forma parecida á la que aquél empleó, le levantó en vilo, le alzó sobre la borda y le arrojó al Sena, sin preocuparse ni un ardite de los gritos, desmayos, tumbos y denuestos de la tripulación indignada.

Detenido el vaporcillo, pronto la remojada víctima pudo salvarse y volver de nuevo al barco, en tanto que el perro causante de estos males, ganando con airoso donaire la ribera derecha, se alejaba gozosamente.

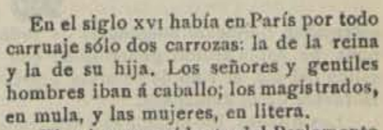


Luego se averiguó que pertenecía á un comerciante de Charenton y que empeñado en perrunas empresas amorosas, habíase equivocado de vapor, perdiendo aquel en que iba su amo. Por eso sus inquietudes y su desesperación angustiosa.

Felizmente, la cosa no pasó de ahí, porque el viajero y su víctima se reconciliaron, quedando sólo el remojón de éste, el susto del pasaje y la advertencia para la gente perruna, de que la impaciencia es grave falta, y que lo mismo en tierra que en agua, para alternar en sociedad deben ser prudentes y sufrir resignados las consecuencias de sus propias torpezas ó de sus pasiones mal contenidas.

Esta moraleja tiene también aplicación más lata, y quien sepa entender, que entienda.

G. G. de la G.

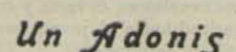


En el siglo XVI había en París por todo carruaje sólo dos carrozas: la de la reina y la de su hija. Los señores y gentiles hombres iban á caballo; los magistrados, en mula, y las mujeres, en litera.

El primer presidente del Parlamento de París imponía á sus renteros la obligación de conducirle á las principales fiestas del año á que concurría en una carreta cubierta con buena paja fresca dentro, para poder sentarse en ella cómodamente su mujer y su hija. Los renteros debían proveerle, además, de un borrico ó una borrica para montar su doncella; y en tanto que el presidente cabalgaba airosamente sobre una mula—no tenía derecho á más—, su amanuense le acompañaba, con no menos garbo, á pie, á un costado.

Actualmente cuenta la misma población con 9.619 coches pertenecientes á particulares; 15.785 de alquiler; 664 ómnibus; 208 tranvías de tracción animal y 1.700 de tracción mecánica; 33.500 coches comerciales; 4.067 automóviles; 150 ó 160.000 bicicletas é infinidad de cochecillos de mano para el transporte de mercancías.

¡Si aquel primer presidente volviera ahora á la tierra, con su mula, su asno, su doncella, su carreta y su rentero, qué papel tan poco airoso pensaría que hacía entonces y qué mal parada quedaba su altísima representación!



Un Adonis

Ante una de las Cámaras correccionales francesas, acaba de comparecer un desgraciado, que producía el vacío enderredor suyo, pues los como él procesados se alejaban con signos de horror y asco. Verdaderamente la cosa no era para menos.

Notábase en seguida que su cráneo tenía tres enormes agujeros y su cara estaba llena de costras y tumores. Era un individuo que había sufrido ya gran número de condenas y que en aquel momento hacía nuevas *oposiciones* para conseguir cinco años de prisión por robo de objetos artísticos.

El defensor alegó que su cliente, verdadero fenómeno, estaba reclamado por la Academia de Medicina de París, para la cual constituía una curiosidad. Ha sufrido 18 operaciones quirúrgicas, de ellas, tres veces la trepanación: así se explican las perforaciones del cráneo antes dichas. Su vida ha sido un largo martirio, y ha pasado por el escalpelo de todos los cirujanos conocidos. Sólo abandonaba el hospital para ir á la cárcel. Landau, que así se llama esta hermosura masculina—si es cierto el refrán—, ha legado su cabeza á la Facultad de Medicina, á instancias de un célebre profesor.

Los peritos médicos demostraron en la vista que este infeliz no era totalmente responsable de sus actos, y gracias á ese dictamen, los cinco años pedidos se redujeron á diez y ocho meses de prisión, que sufrirá en la enfermería, donde parece habrá de hacérsele la décimanovena operación.

Cada uno se divierte á su modo.

A la media noche del 28 de agosto último, un caballero elegantemente vestido y acompañado de dos hermosas mujeres, llegó en automóvil al restaurant de la plaza Blanca, en París: pidió de cenar é invitó á otras cinco personas más; hubo derroche de platos y champagne; hubo hasta flores y bombones para cuantas señoras se hallaban en el local. Cuanto tenía de gentil, lo tenía también de generoso.

Pareciéndole poco todo esto, hizo venir una orquesta para darse el gusto de oirla en su cuartito y cuando ya de madrugada pidió el desayuno para sus convidados, el dueño del hotel, algo receloso, presentó la elevadísima cuenta de lo antes servido, y entonces confesó que no tenía un céntimo.

Conducido á la Comisaría, dijo:

—Señor comisario—, acabo de salir del correccional de Fresnes: no me he podido divertir ni poco ni mucho durante mi condena y he querido hacerlo esta noche. No tengo una peseta; pero aquí estoy dispuesto á pagar con mi persona.

Este individuo de treinta años de edad, ha sido ya condenado diez veces por hechos análogos. De suerte que no podrá decir que no se divierte.



XVIII

Una gran fiesta en Sevilla.

Celebrábase en Sevilla una gran solemnidad, y los balcones ostentaban hermosas colgaduras de seda ó tapicerías de Granada. Se había tenido generosidad con el pueblo; y desde la salida del sol, el vino de pajarete corría á grandes chorros de la fuente de la Esplanada.

Los gitanos, los mendigos y los frailes, habían hecho una amplia cosecha; porque en los días de fiesta, el buen pueblo español era, como se dice vulgarmente, la «chupamelona» de los frailes y de los gitanos. Cada una de estas razas sabía beneficiar á su manera su credulidad ó su hombría de bien; los frailes dando á b sar reliquias, y los gitanos diciendo la buena ventura y dando talismanes á las muchachas: cosas todas muy «importantes» y que siempre se pagaban.

Hemos dicho que era día de solemnidad extraordinaria. La hermosa ciudad andaluza había felizmente depuesto por un día el luto que la cubría casi siempre. No faltaban corazones de que brotase sangre, ni almas andaluzas agobiadas por amargos pesares; sin embargo, esos indiferentes hijos de la más bella comarca del universo, esos hijos del placer que son más artistas y más poetas, sin saberlo, que los más grandes escritores y los cantores más célebres, habían vuelto locamente á su querida «caña» y á su voluptuoso «fandango.» La Inquisición estaba olvidada, los muertos olvidados, los esbirros olvidados y también el terror olvidado; los sevillanos, vueltos músicos, poetas y amantes, cantaban y bailaban con delirio; sólo vivían para lo presente, y, cosa extraña, aquella fiesta, objeto de tan vivo entusiasmo, era una fiesta en honor de la Inquisición.

La noble ciudad de Sevilla celebraba la llegada á sus muros del duque de Medinaceli, gran porta estandarte de la fe, venido para desempeñar su cargo en un auto de fe real que debía verificarse para celebrar uno de los innumerables «triunfos» de Carlos V, que los había alcanzado tan grandes contra el protestantismo de Alemania; triunfos las más veces seguidos de derrotas, mezcla de bien y de mal, de alianzas y deserciones, que desde la liga de «Smalkalde» tuvieron por tanto tiempo á Europa suspensa, é hicieron dudar cuál sería el vencedor, si Roma ó Lutero; triunfos que sirvieron tantas veces de pretexto á la Iglesia romana para multiplicar sus hogueras.

La noche había llegado tan hermosa y estrellada como siempre. El ambiente vivo y perfumado, la excitación del baile y el vino de la fuente habían acrecentado la exaltación del pueblo de Sevilla. Jamás se había bailado la «jácara» con tanto ahinco, ni se cantó la «caña» con más voluptuoso donaire. Es verdad que el duque de Medinaceli, que pagaba la fiesta de su bolsillo, se había mostrado grande y generoso suministrando qué beber á los hidalgos, á los moriscos y á los truhanes de la ciudad toda.

Mientras que el pueblo se regocijaba en las calles, era preciso que los señores y los grandes de España disfrutasen de esta fiesta «nacional».

Los nobles hidalgos de Sevilla que pensaban «bien» (es decir, los servidores de la Inquisición), se divertían por su parte en los espléndidos salones del conde y del duque de Mondéjar, yerno y sobrino del poderoso y excelentísimo señor duque de Medinaceli.

Después de un suntuoso banquete que se dió en casa del conde de Mondéjar, los convidados reunidos en uno de los magníficos salones del palacio, estaban sentados en anchos divanes de seda, que recordaban el lujo oriental de los reyes de Sevilla, fumando deliciosos cigarros, lujo que en aquella época sólo era permitido á los reyes y á los grandes señores.

Numerosas arañas de cristal de roca suspendidas en el techo daban á la sala una claridad flamígera, que corría en ondulaciones vagas sobre los vestidos de seda de esos nobles señores.

Ninguna mujer había sido admitida en esa velada, que habría podido designarse con el nombre de «club católico é inquisitorial», y la que presidía el conde de Mondéjar, salvo los pocos instantes en que su ilustrísimo suegro se dignaba honrar con su presencia aquella «santa» reunión.

—¿Sabéis, D. Rodrigo, que el catolicismo ha ganado aún otro triunfo sobre los protestantes, debido á la política admirable de nuestro muy amado soberano D. Carlos V?

Estas palabras, pronunciadas con todo el énfasis castellano por un joven señor favorito del duque de Mondéjar, y que ya designaban como su yerno, se dirigían á un anciano cuyos vestidos desaseados y sin gracia contrastaban de un modo singular con la elegancia exquisita, aunque severa, de los señores que componían la asamblea.

Con todo, á pesar de la miserable y sórdida apariencia de su traje, ese hombre tenía modales muy finos, y ese desorden exterior parecía ser más bien efecto de la negligencia ó de un cinismo soberbio, que de la miseria.

Su fisonomía grave y altanera manifestaba genio, mientras que las líneas horizontales que cortaban su ancha frente, unidas al fruncimiento particular de cejas, revelaban costumbres meditabundas y pasiones tumultuosas y desordenadas.

Aquel rostro debía haber sufrido la misma transformación que el de Sócrates: el alma, modificándose, le había sujetado á aquella metamorfosis, y si la mirada ardiente y algo oblicua de ese hombre atestiguaba su entusiasmo habitual, los contornos decididos de sus facciones, la fina ironía de los labios y la serenidad de la frente, anunciaban que su pensamiento lúcido y profundo nada tenía de esa inestabilidad que caracteriza á los insensatos, sino que, por el contrario, las facultades intelectuales se habían desenvuelto en él recta y completamente.

Volvióse con lentitud hacia el joven que le había dirigido la palabra, y le miró sin responder.

—Vamos á tener un mes de fiestas y regocijos públicos—continuó el joven—sin contar el auto de fe real, que será ciertamente de un gran efecto si se cumple el programa.

—Estad seguro de ello, nada faltará—respondió el anciano con un tono que su interlocutor tomó por una aprobación; pero que estaba lleno de amargura y de ironía.

—Nada, en efecto—prosiguió el joven, que se llamaba don Carlos;—porque aseguran que el inquisidor general ha reservado al antiguo gobernador de Sevilla, Manuel Argoso, para esta solemnidad.

—Un verdadero cristiano—dijo gravemente el anciano.

—¡Hum!—hizo D. Carlos—, era íntimo amigo de D. Esteban de Vargas, y éste siempre ha tenido aire de filósofo. Huele á quemado de una legua, convenid en ello, D. Rodrigo.

—Don Esteban tiene un corazón noble—respondió D. Rodrigo—; pero no le faltan enemigos... jamás ha querido servir en la milicia de Cristo. Y vos, D. Carlos—continuó en tono algo sarcástico—, ¿habéis por fin logrado que os den el «santo»?

—Aun no—respondió tristemente el futuro yerno del duque de Mondéjar—; pero espero insinuar esta noche una palabra á su eminencia el gran porta-estandarte.

—La ocasión es verdaderamente hermosa; os aconsejo que no la dejéis escapar.

—¡Cómo, D. Carlos! ¿vos os queréis hacer familiar?—exclamó un joven aragonés que hasta entonces nunca había estado en aquella ilustrísima asamblea.

—Sin duda, D. Gimeno, ¿me atrevería sin esto á pretender la mano de Doña Isabel, la hija del duque de Mondéjar?

—Triste papel para un caballero castellano—dijo el aragonés sacudiendo la cabeza.

—Al contrario, es un papel hermoso—dijo Rodrigo con voz recia—, ¡hermoso papel, D. Gimeno! ser familiar de la Inquisición. . es estar montado en la rueda de la fortuna. Llevar bajo el vestido las insignias de esta orden, es tener un pasaporte para los cargos más importantes del reino: ¡con eso se consigue todo! Decidme, ¿qué casas en España reunen más cargos, riquezas y honores que las de Medinaceli y de Mondéjar? ¿Creéis que si D. Manuel Argoso y D. Esteban de Vargas hubiesen pertenecido al Santo Oficio, estaría el uno próximo á ser quemado vivo y el otro anduviera errante por montes y valles? ¿y que si el confesor de la hermosa Dolores Argoso se hubiese llamado Pedro Arbués ó simplemente José, esta hechicera hereje estaría á la hora de ésta, pobre y vagabunda como una gitana, sin tener más almohada que una piedra?

—¡Silencio!—dijo D. Gimeno—, os perdéis, señor Valero.

—No tengais cuidado, me toman por un insensato.

En efecto, los demás señores que componían la reunión, ocupados en bagatelas muy graves concernientes á los asuntos de la religión, no atendían á los discursos de Rodrigo de Valero, de quien no curaban, como ignorantes que eran, de su profunda sabiduría.

—Creedme, señor—prosiguió el anciano—, hoy día en España sólo hay una especie de honor: pertenecer al amo; y ya lo sabéis, el amo es la Inquisición... No ha mucho—continuó animándose por grados—, no ha mucho que para merecer el apellido de valiente caballero, era preciso saber quebrantar una lanza y domar un fogoso corcel. Se reputaba leal y buen servidor del rey, al que había combatido con los moros en los campos de batalla. ¡Entonces había gloria!... ¡Hoy, señores, no hay moros que combatir, sólo hay moros que denunciar! Ya no hay una reina noble y bella que os recompense con una sonrisa á la vuelta de un combate, dándoos á besar su blanca mano, sólo hay frailes que os bendicen con una mano grasienta cuando habéis perdido á un fiel servidor del rey... No ha mucho que después de un día de batalla, los escuadrones se formaban en círculo, y un heraldo proclamaba por tres veces el nombre de los que se habían distinguido en el combate, y por seis el de los que habían muerto con las armas en la mano. Ahora el nombre de los servidores del Santo Oficio no es pronunciado por nadie; los servidores del Santo Oficio ni aun tienen el derecho de ostentar su infamia.

—¡Don Rodrigo!—exclamó el joven aragonés espantado de las palabras que acababa de escuchar—; os juro que á estas horas no daría un maravedí por vuestra cabeza.

—Don Rodrigo de Valero tiene una audacia y una dicha insolentes—añadió D. Carlos—; se le deja decir todo lo que quiere.

—Es sensible, ¿no es verdad, D. Carlos?—replicó el anciano con amargura.—Pues si no me llamara D. Rodrigo de Valero, con sólo referir á Pedro Arbués la cuarta parte de lo que acabais de oir, de seguro obtendríais la mano de Doña Isabel, y fuérais inscrito, sin otro informe, en esa horda de demonios que llaman soldados de Cristo. Degraciadamente, no valgo la pena de una denuncia, y si la hiciérais, perderíais el tiempo.

(Continuará.)

Autopsia salvadora.

Los espíritus superficiales y los dispuestos á censurarlo y criticarlo todo, los que creen que las formalidades jurídicas son arcaicas é innecesarias, declaran que, si no siempre, en la mayor parte de las veces, la autopsia debería suprimirse. Bien está que se practique en los casos de duda; pero cuando la muerte es clara, cuando el causante la confiesa, cuando la convicción es evidente y lógica, ¿á qué exponer los cadáveres—dicen—á esa sensible profanación y á qué aumentar con ella las penas de la familia?

Este razonamiento, como todo el que se basa en afectados sentimentalismos, es destruído por la realidad, verdadera maestra y consejera de la vida.

Hace algunos meses, un joven obrero parisiense salía de su casa atropelladamente, loco, medio desvanecido de dolor y á grandes voces en la calle pedía auxilio; auxilio para sí, tan afligido, y para un amigo, al cual, decía, *había matado de un fuerte puñetazo*, en disputa con él. Por propio impulso, por el de su conciencia que le acusaba, se constituyó en prisión y explicó el caso.

Pronto se vió confirmado. En el cuarto de Rodolfo, que así se llamaba el detenido, yacía en tierra, rígido, otro obrero, que transportado al hospital, murió sin haber recobrado el conocimiento.

Incoado el proceso, fué ordenada la legal y tradicional autopsia, y ¡oh sorpresa y maravilla del diagnóstico! La muerte no fué producida por golpe alguno. El obrero Mathieu, que tal era el nombre de la víctima, se había embriagado en casa de Rodolfo, y en disputa los dos, sobrevino á aquél una congestión, causada por el alcohol y nada más que por el alcohol.

Al procesado por homicidio se le siguió entonces la causa simplemente por golpes, y con quince días de arresto ha purgado un hecho que pudo acarrearle más funestas consecuencias.

Digan luego los eternos censores si la justicia se rodea de enojosos é inútiles formulismos.

Bibliografía.

La Peluca Rubia.

Así se titula el último tomo publicado de la biblioteca del semanario *Monos*, la que por su muchísima gracia y amena lectura recomendamos su adquisición.

Se halla en venta en la Administración de dicho semanario, al ínfimo precio de **veinte** céntimos cada ejemplar.

Nota cómica.



—El agente dice que estaba usted tan borracho, que ni siquiera se acordaba de su nombre... ¿Cómo se llama usted?

—Chipolatovski Nabuchodonosoff...

—Puede usted marcharse... no hay necesidad de estar borracho para olvidarse de semejante nombre.

MUSEO CRIMINAL

Se publica en Madrid los días 1.º y 15 de cada mes.

Consta de ocho páginas de texto (como mínimum) dando también números extraordinarios de 12 páginas. Todos los números llevan, además, invariablemente, diez y seis páginas de novelas ilustradas y encuadernables.

Precios: trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 2,75.—Año, 5.—Extranjero, un año, 10 pesetas.

Para las clases de tropa de Guardia civil, Carabineros y personal subalterno del Cuerpo de Seguridad, de la Judicatura, Cuerpo de Prisiones y Policía: **una** peseta trimestre.

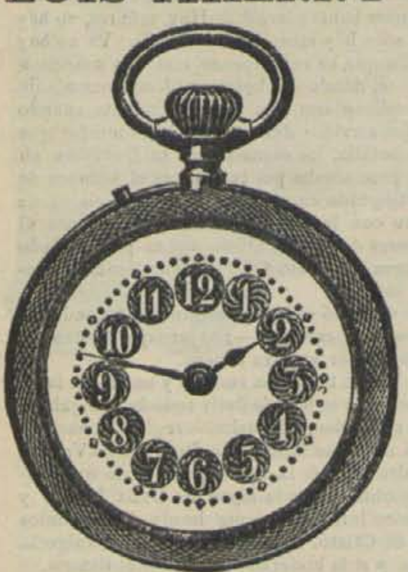
BASES DE SUSCRIPCIÓN.—1.ª El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre. 2.ª La suscripción se considerará continúa indefinidamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario. 3.ª Los avisos de baja han de recibirse precisamente en esta Administración con quince días de anticipación á la fecha en que termina la suscripción. Las reclamaciones, dentro de los ocho días para la Península y quince para las islas: después no serán atendidas. 4.ª Los cambios de destino deben avisarse antes de efectuar el traslado de residencia

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director del **MUSEO CRIMINAL**, apartado en Correos núm. 336, Madrid

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

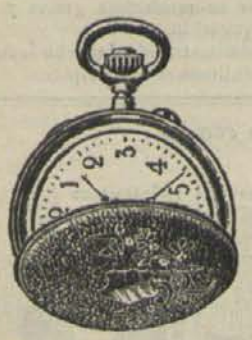
Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior............ **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem) **18.50** —

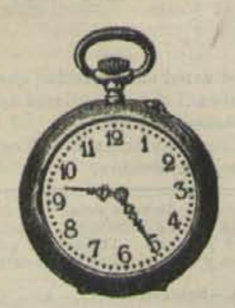
En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**

Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas**. Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas.**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas.** Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

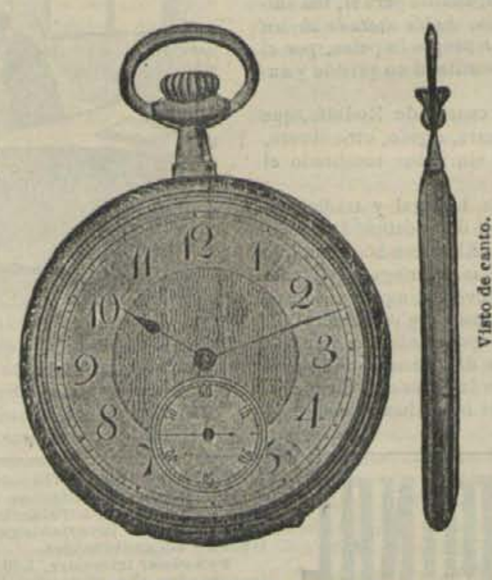


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59. Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.*

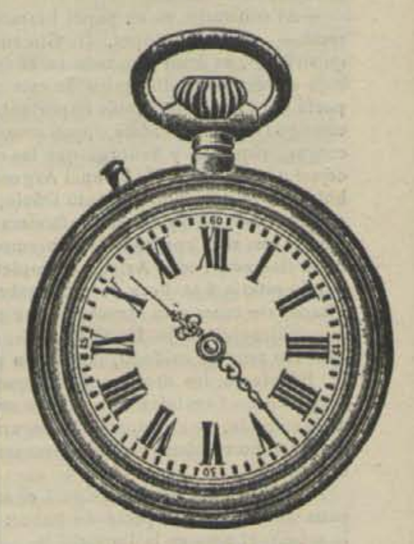
Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata. De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.** Idem doble tapa, **62 ptas.**

En 5 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

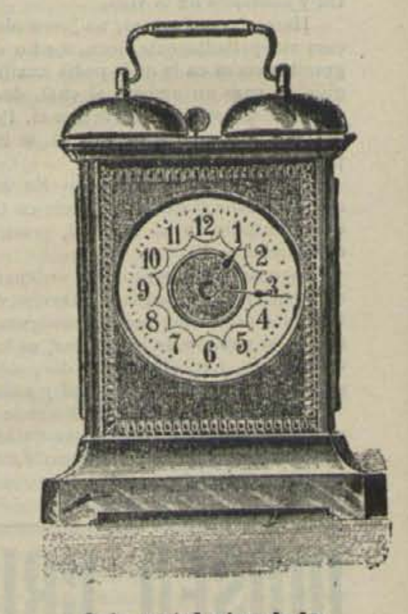
En acero azulado...........	**28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) .	**27** —
Idem grabado (no extraplano).....	**25** —
Idem en plata......................	**39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata rica ornamentación.... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.